

PUNDONOR

De Andrea Garrote

A mi padre

pundonor

s. m. Sentimiento de orgullo o amor propio que anima a mantener una actitud y apariencia dignas y respetables, nunca inferiores a las de los demás. Autoestima, dignidad.

Estamos en un espacio llamado "Aula Magna Chica". Hay luces de tubo que iluminan todo el lugar. Sobre el público, los tubos titilan. Sonido ambiente de conversaciones. Un minuto después entra una mujer, Claudia Pérez Espinoza, de unos cuarenta y tantos años. Lleva tacos y falda de mujer formal. La camisa y la chaqueta tienen un toque hípster. Carga una cartera gigante y un celular en la mano.

Profesora Claudia Pérez Espinoza:

Buenas.

Acomoda sus cosas en el escritorio.

Para los que no me conocen, yo soy la profesora Claudia Pérez Espinoza. Soy consciente de que la gran mayoría me conoce, de una manera extraña, pero una imagen de mí tienen, ¿no?

La imagen es una trampa. Hay tantas maneras de entrarle a la materia, a esta materia... una podría ser la imagen. *(Va hacia el pizarrón, alza la tiza pero no escribe nada. Vuelve a mirar a la clase).*

Volver a estar acá al frente no me es fácil. Lo que era fácil se volvió difícil y lo que era difícil... *(reconoce a alguien entre el público-clase)* una tentación.

No quería hacerlos esperar, de hecho llegué hace más de una hora, digo porque algunos me vieron caminando por los pasillos. Nos cruzamos. Pero no nos saludamos. Me intimidaron un poco, un grupo de siete u ocho que cursaron la materia conmigo el cuatrimestre anterior. Sí, por ahí; ustedes, me acuerdo las caras, ya cursaron, y si están acá quiere decir que no se presentaron al final con Leandro. ¿Por qué no se presentaron? ¿Por qué? Cuando nos cruzamos ahí afuera se quedaron mirándome muy abiertamente y sin saludar, y si un grupo mira a alguien que conoce así, y sin saludar, bueno, intimida. No pido una sonrisa, no estoy mendigando simpatía pero por lo menos un mueca empática, ¿no? Humana.

Vamos a lo nuestro: para comenzar a pensar nuestro tema es condición *sine qua non*, es troncal, introducirlos en la obra Michel Foucault, filósofo francés, nacido en 1926, homosexual. Este hombre, que nos habla de la fiesta del pensamiento, dedica su trabajo a iluminar las zonas oscuras de nuestra sociedad. Comienza estudiando las cárceles y lleva este modelo de análisis de disciplinamiento social a otras estructuras de poder: escuelas, manicomios, hospitales, asilos, la universidad, la sexualidad... Perdón, pero ahora que los veo acá; tratando de no cruzar mi mirada, como un cachorro que mordisqueó un almohadón, “*ay, si no te miro no me ves*”. ¿Sabían que no tienen por qué recurrir? La regularidad la conservan, solo deben el examen final. Digo, porque esta clase ya la vieron. (*Pausa*). Como quieran. Bien, continuemos... Quizá vienen a ver si brindo algún *show*, mi plan es decepcionarlos y no hacer nada fuera de las insípidas normativas de esta sex... universidad. Y aclaro que llegué tarde porque tuve que ir al baño y el tiempo se me fue. Vamos a desplegar cómo funciona en el sujeto la maquinaria del poder y de qué manera lo moldea convirtiéndolo en un engranaje que reproduce a su vez la maquinaria. El sujeto es moldeado y moldeador. Perdón, pero me di cuenta de que dije que fui al baño y dije el tiempo se me fue, y ahora no puedo evitar pensar que sus redes sociales se llenan de comentarios sobre mi larguísima estadía en el baño. Entiendo que acabo de darles de comer. Porque yo soy una comidilla. Soy: (*escribe en el pizarrón: “Tópico de interés satírico = comida”*) un tópico de interés satírico igual, comida. Ahí tienen una imagen mía en el baño para alimentar a ese virus de pasillo que es el chisme, antes era un virus de pasillo, ahora es comida rápida y global, pero siempre fue el huevo que aunó la masa de las agrupaciones humanas que parecen necesitar el condimento del chivo expiatorio; muy bien, yo soy el chivo, acá, en esta superestructura universitaria y pongo el huevo. No me quería desviar, pero parece que el desvío es mi camino, igual señores, malas noticias, viejas noticias; no hay camino y al andar se hace lo que se puede.

Foucault toma el tópico: Saber es poder. (*Escribe en el pizarrón: Sa=Po*). Se pregunta: ¿qué es el saber? Y el saber, dice, no es más que lo que un grupo de gente comparte y afirma que es la verdad. Y es a través de esta verdad que el poder define lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, el poder controla nuestros pensamientos y nuestra voluntad aplicando un proceso de normalización. El funcionamiento, la aplicación de estos mecanismos del poder que delimitan, entre otras cosas, la línea de la normalidad en la sociedad moderna, son los temas que vamos desplegar juntos este cuatrimestre. (*Pausa*). Uh, esto que para ustedes es una invitación, para mí es una repetición bianual. Y no piensen que por eso, por repetido, la pasé mal todos estos años. Yo elegí este lugar, mi trabajo es comunicarles a ustedes mi pasión por pensar, entre otras cosas, cómo lo normal define lo anormal. Y cómo esa definición de lo normal cambia en las geografías, cambia con el paso del tiempo. A ver, un ejemplo: hace diez años yo no tenía celular y era una mujer normal. (*Se ensombrece y retoma*). Hoy una mujer profesional de mi edad sin celular, no tiene una patología digna de que un discurso la explique, pero ojo, es un personaje.

Simplemente me acordé de que yo alguna vez estuve ahí sentada como ustedes y ahora que tuve que no venir un tiempo y volver; ¡qué impensada es previamente una situación tan definitoria! Nadie llega aquí con 20, 21 años y piensa: “Bien, qué lindo este salón, un poco frío pero me gusta, me gusta ese escritorio, ese banco, el color de las paredes... ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo decidí: aquí pasaré mi vida! Dejaré este espacio cuando tenga arrugas y use bastón”. No es una queja, eso mismo le pasa a cualquier trabajador, a casi todos. Lo que pienso es que uno no cambia tanto de lugar, no es que pasaron siete años y uno se volvió un maquinista de tren en Camboya, una empleada de mercería en Montevideo, una profesora de otra cosa. Pasaron los años y no nos tiramos por ala delta, ni comimos guayabas, ni fuimos a Chiapas, ni quisimos el hijo, ni cogimos mejor. Lo imprevisible en la vida se nos resiste y nosotros nos resistimos a lo imprevisible tanto que cuando aparece es directamente trágico. Bien. Martes y

viernes. Martes y viernes (*escribe en el pizarrón*) “Producción y análisis de conceptos de normalización en la sociedad moderna”. (*Observa lo que escribió, es ilegible. Pausa. Corre la silla que está detrás del escritorio hacia un costado. Se sienta. Se queda en silencio. Toma valor y habla.*)

El año pasado fue un año muy complicado para mí, no quería hablar del tema pero por ahí es mejor, contar brevemente un poco mi versión, mi punto de vista. Para que no circulen tantas historias fantásticas sobre mi comportamiento. Por suerte tuve un verano controlado y como no hubo acción y porque no se puede tirar a la basura la historia y el nombre de una persona por un momento de crisis, la rectoría me permitió dar este cuatrimestre, a ver qué pasaba. Pero ya vislumbro que no voy a seguir. Sino sigo van a ver todo esto con Leandro Casas que es excelente.

Yo ya no puedo hablar más de cómo la sociedad disciplinaria numera, excluye, encierra al loco, al hereje, al enfermo... En el siglo dieciocho, en París, uno de cada cien parisinos fue encerrado. Pero por suerte hoy en día ese saber-poder no lo tiene completamente dios, lo tiene el mercado y ya sabemos que lo mejor es dejar libre al mercado para que solo lo controle la mano invisible. Hoy por suerte ya sabemos de la mano invisible. (*Espera reacción del auditorio*). Estoy hablando de una mano invisible. Somos como los antiguos egipcios que creían que su faraón era hijo directo del sol, pero ahora hay que honrar las deudas, honrarlas todas, mismo la que nuestro propio acreedor pidió y gastó por nosotros porque la especulación financiera es sagrada cuando siglos atrás se llamaba usura y era pecado... y yo ya no disfruto la comprobación paranoica, ni develar la involución humana y foguear la impotencia. Sí. Me arrepiento. Me arrepiento de haberme quedado enredada acá, acá, acá en mi cabeza. Me hubiera gustado no pensar en esto, me hubiera dedicado a otra cosa, a colorear mandalas y regalarlos con verdadera inocencia. A la danza aérea que siempre me interpeló. Hubiera podido ser militante de algún partido político, que nunca pude, nunca pude. Pero no el cínico que dice: mejor malo conocido. ¡No el militante rosquero, no el que se adapta y avanza! No. Hubiera sido una militante de esas casi religiosas de un grupo sólido y exaltado, en donde un cuestionamiento es una herejía y sobrevuela la mística de unos hombres que dieron la vida. ¡Sí! Qué lindo hubiera sido poder vivir eso. ¿Qué? Seguro que es mejor vivir el vértigo de la valentía de haber posteado algo incómodo en *facebook*. Usamos un botón (*hace el gesto*) para multiplicar una unidad de información, que es ese posteo, ya prefabricado en el molde perceptivo que marca ese mismo canal de replicación. Nosotros elegimos esa unidad de un flujo de imágenes que nos producen sensaciones, no sensorialidad porque el cuerpo queda quieto ahí, medio mal sentado.

¿No es linda mi materia, no? Ay, ay, hay que escapar de todo, ¿no? Hay que escapar de todo esto. (*Toma su cartera y su celular, va a salir y vuelve como para decir una cosa más*). Y para escapar necesitamos el cuerpo. Porque si alguno de ustedes fantasea con que el humano que sobreviva evolucionará hacia una mente sin cuerpo, en realidad fantasea con la muerte total del humano, porque esa conciencia, esa cosa que piensa nos tentó, nos sedujo, nos creó hábitos, nos esclavizó y nos convirtió en algo menor, algo que trabaja para ajustar los tornillos de la jaula en la que nosotros mismos somos las rejas. ¡Foucault, señores, ahí tienen! ¡Un santo! Un sádico. Pasen y vean, chicos, pasen y vean: somos el campo fértil para el desarrollo de una idea loca y catastrófica que nos gobierna la mente mientras nos entretiene con el espectáculo de nuestra propia extinción. Más o menos de esto hablo, de esto los convenzo, de esto va mi cátedra. Aún están a tiempo y pueden bajarse de la materia. (*Pausa*). Bájense de la materia.

Siempre creí que el conocimiento liberaba a los hombres, pero no, es solo la ilusión de jugar el juego de las *mamushkas* al revés. En vez de abrir al medio una muñeca rusa y encontrar en ella otra más pequeña y otra más pequeña y otra más pequeña...

El conocimiento nos da la sensación inversa de que nos trasladamos a vivir en una muñeca más grande y luego comprobamos que estamos adentro de otra y de otra y que no se puede ir abriendo al medio a todas hasta salir de estas siniestras muñecas, porque no hay conciencia humana por fuera de las *mamushkas* porque la conciencia está hecha de ellas. Ni siquiera la palabra *mamushka* existe realmente, es *matrioshka*, pregúntele a Ferrara o al teléfono. “Ey Siri: ¿está bien *mamushka*?” “No es *mamushka* es *matrioshka*. ¡Pero a quién le importa si la conciencia humana en definitiva es un *souvenir* de un viaje a Rusia que hicieron otros, no lo que hay adentro!

¡Y lo hice otra vez! Trabajo para la desesperanza. Yo me visto, me peino, trato de encontrar un lugar para estacionar, me presento y paso lista para la desesperanza. Les pido mil disculpas. Y les ruego que abandonen la materia. ¡Abandonen la materia! (*Lo escribe*). Quizás a algunos no les signifique nada, quizás algunos ya convivan con esto, pero por ahí, quizá hay alguno que todavía tiene la ilusión de... con una sola inocencia destruida, con un alma que se pierda...

No voy a tomar asistencia. Es más, yo hablo con Secretaría para que los bajen del sistema. (*Se sienta. Espera*). Si no quieren perder el cuatrimestre cursen un idioma, que todo lo demás es un espanto. Cursen árabe, que seguro no hay nadie. Vayan todos juntos a anotarse... ahora y de paso hacen un poco de lío, mueven las estadísticas. (*Pausa*). ¿No quieren irse? ¿Les llamo la atención? Quieren presenciar el suicidio académico de la Pérez Espinoza. Huelen sangre, huelen una anécdota, un mito, un mini mito. Muy bien, el riesgo es alto pero por lo menos fueron advertidos.

Da clase:

El hombre tal como lo pensamos hoy, no existió hasta: ¿el siglo...? (*Espera respuesta*). No, no tan atrás. Hasta el siglo XVII. La idea de un hombre autónomo que cree haber reemplazado a dios, que se cree el auto fundamento de todo lo real, ese que cree que es el dueño del mundo: antes no existía, es una creación reciente. ¿Vamos bien hasta ahí? Bueno, ese hombre ya murió. Duró más o menos 200 años como rey del mundo para darse cuenta, agárrense de las sillas que sí, que dios es verbo, dios es palabra. El sujeto se rebela sujeto y el sujeto se revela sujeto. El sujeto está sujeto. Hay fuerzas que sujetan al sujeto: el lenguaje, el poder, el mercado, el inconsciente.

—No, no, señorita, yo soy un ser humano, tengo conciencia de mi propia existencia y dispongo del lenguaje para hacer un montón de cosas.

—¡Mentira! Es el lenguaje el que dispone de vos, simple ser humano. ¿Creés que has fundado todo el sentido? ¡Ja! Mirá, eres un producto y ¿un producto de quién? -te preguntás.

—Es imposible que lo sepas, porque aunque investigues al detalle el detalle, lo infinito de lo pequeño, o el infinito en lo sideral, jamás podrás salirte de vos mismo. Nunca sabrás si el resultado de tu investigación es auténtico o no, porque tu pensamiento ya está transido. ¡Tragedia! ¡No hay transgresión! Porque en definitiva, ¿qué es transgredir? Hacer aquello que no se espera que hagas. Pero cuidado porque no es tan fácil. Un orden, un sistema, lleva implícita su ruptura. Transgredir no es liberarse y se los digo yo que lo probé. Yo robé, antes de ser loca, probé ser delincuente. Esto no lo sabían. Me pregunto qué pensarán los que vinieron ingenuamente a presenciar un teórico. Si es que hay alguno. Quizá yo ya no distinga lo pertinente de lo impertinente pero creo que esto es muy pertinente. Acá en esta misma sede, les hurté a profesores y a alumnos. Y me acuerdo muy bien de la primera vez, de las otras no, se me confunden. El gusto de la primera vez, podríamos pensar. Le hurté el maletín a Ferrara. (*Interpellando, irónica*). Perdón, si quieren grabar esto, graben, ¿no? Que no se pierda el premio el ego de quién lo cuelgue primero. Sean normales, trabajen normalizando.

Como decía, mi primer robo fue pasmosamente simple y a la vista de todos, yo creo que la clave es que lo pensé bien, el robo, no bien de mucho tiempo, sino de la manera correcta. No lo premedité, yo empecé a tener el impulso misterioso, el gen de la locura como llegó a decirme mi madre, eso que se dice de mí, acá en mi lugar de trabajo, y pensaba que lo hacía porque iba a escribir algo sobre eso. Quería mezclar algo de esto que dice Blanchot, no sé si lo tienen a Blanchot, bueh, Blanchot plantea una ética política... yo quería hacer un trabajo de campo, o sea, estas experiencias, para esbozar una posibilidad de acción, no quedar girando en falso en la teoría, me interesaba hablar de una ética política poética o mejor dicho de una ética poética política para abrir el sendero al encuentro de una poética política ética en la que ya podría, ojalá, vislumbrar una política ética poética. Yo pensaba así y pensaba que algún día se publicaría y que iba a sorprender a todos con mi investigación de campo. Yo fantaseaba eso. Y acá me ven: hecha un meme de señora en bombacha. Pero les contaba, terminada la reunión en la sala de profesores, tomé mi cartera y el maletín de Ferrara, que ese día había estado desplegando su ira seca, no sé si lo tuvieron a Ferrara en Formol Ruso, porque es el tema que debería dictar: Formol Ruso, no formalistas rusos, tiene como una pasión amurallada entre glaciares, que el día que se resquebrajen va ser un espectáculo, se los advierto. Bueno, tomé el maletín delante de todos, queridos jóvenes contemporáneos aunque mal les pese, y nadie lo notó. Así que me fui con el objeto ajeno a mi casa y lo dejé en la puerta de entrada. ¿Me creen si les digo que nunca revisé el maletín? No me apetecía. Adoro esa palabra. "Apetecía", parece un término griego escondido entre las traducciones españolas que padecemos los latinos. "La apetecía". Y esperé a ver qué pasaba. No pasó nada. Ni una queja, ni un cartelito, nada. A la semana entré con el maletín, lo dejé en el mismo lugar del que lo había tomado; en la sala estaba Cristina la bedel, no notó nada y tampoco supe si volvió a las manos de su propietario. Mi transgresión fue como el árbol que cae en el bosque sin que nadie lo escuche. Así que me animé a más: robé mochilas, buzos, camperas, paraguas, afiches; nunca un celular, no, sería como robarme un burócrata, mucha demanda ese objeto, mucho lío. Y los devolvía después de unos días al cuartito de objetos perdidos. El chico este, muy barbudo que atiende objetos perdidos, el de la colección de remeras trotskistas, lo tienen, ¿no? Siempre me agradecía la deferencia y parecía no preguntarse por qué encontraba yo todos los días tantas cosas olvidadas en las escaleras, en el baño, en los pasillos... cualquier sitio le inventaba. Seguramente el pibe pensó que era una especie de obsesiva que caminaba la universidad buscando cosas sospechosamente solitarias. Se ve que desde mi investidura de profesora ese accionar era invisible. O que los hurtos y la pérdida son situaciones aceptadas acá, ¿no? En mayo tomé un parcial y puntué a todos por igual, les puse diez a todos. Algunos sé que tuvieron la intención de quejarse, sobre todo los que de verdad se merecían un diez, pero claro, si se quejaban iban a quedar mal con los demás y el comportamiento arbitrario impone cierto temor. A ver si me quejo y me corrige otra vez y me baja la nota. Mejor, no. Al parcial siguiente todos reprobados y ahí sí se puso lindo. Decidí, ante las quejas, utilizar la siguiente metodología: sonreír y cambiar de tema haciendo una pregunta.

—Profesora, usted me reprobó y mi examen está completo, mis respuestas son extensas.

—¿Usted piensa que la extensión es un valor?

—Dígame en qué me equivoqué.

—¿Podría reconocer el error por usted mismo?

—Voy a presentar una queja.

—¿Ante quién?

Al examen final falté y le dije a la secretaria académica que estaba incapacitada para dar una explicación. “Mirá, no soy capaz de decirte por qué falté”-le dije. Otra vez, no pasó nada. Vino otra camada de alumnos, no quedó registro, nadie sospechó de intencionalidad. Nada. Hasta que un día sí pasó algo, de verdad, sin intencionalidad de mi parte, sí, fue la vez en que me olvidé deponerme la pollera.

¿Ustedes pensaron en la palabra pollera? ¿No es mucho más linda la palabra falda? Se les decía polleras a las jaulas de los pollos, que eran acampanadas y a las faldas con esa forma se les llamo falda pollera, pues bien, salí sin ponerme la jaula de pollo. Y realmente fue un olvido. No me hubiera animado si lo pensaba. La camisa era larga y tenía medias canacán. Mirando mis caderas desde mi cabeza, no era tan evidente que no llevaba pollera y para mi piel era lo mismo. Yo siento la textura de las medias, no de la pollera. Claro que alegar esto en un contexto tan progresista y psicoanalizado equivale a embarrarse aun más. Conclusión: delinquir y hacer uso arbitrario del poder están dentro de la racionalidad; el olvido de una prenda básica, no. Primera alerta de insania.

Cuando dios era el centro, el que debía ser abolido, encerrado, quemado, era el hereje, el blasfemo, el pecador, la bruja, cuando fue el hombre el centro -apañado por su altiva amiga La Razón-, el que debía ser separado de la sociedad era el loco, el irracional. Y eso no cambió. Antes se convivía con los locos, se les otorgaban poderes, se les respetaba, se los nombraba reyes. Hoy en día la vida del loco es una pesadilla. No importa cuán loco estés, no importa si fue una fase, tampoco si algo de lo que decías podía tener algún valor para alguien, y si no fuiste agresivo, no importa, es muy difícil, casi imposible, volver de la exclusión. ¿Ustedes saben lo que yo tuve que hacer para dar esta clase de hoy? Yo, que tengo 45 años y un doctorado en Sociología en la Universidad de Buenos Aires, tuve que acceder a medicarme bajo la supervisión de un tutor. Y todo empezó cuando me olvidé de ponerme la jaula para pollos y aunque parezca que no, estoy dando clase. Quiero dar testimonio acá, *in presentia*. Después, si hay consecuencias, las asumiré. Es muy probable que sea un error más, pero que le hace una mancha más al tigre y así vamos sumando. Esa mañana, en el trayecto del auto hacia el aula, yo noté que me miraban más, noté sonrisas, no pasé a firmar porque estaba justa de horario y fui directo a dar mi clase. Estaba de muy buen humor y pensé que ese estado se había contagiado a la concurrencia, se hacían bromas, se reían. No entendí un par de preguntas que me hacían y eso generó más risas.

—Profesora, nos dijo la semana pasada que hoy íbamos a profundizar en la diferencia entre *la différence* y *la différance*. ¿Es de género? ¿Piensa mostrarnos *su différance*?

Yo no asocié nada porque me faltaba un elemento para hacerlo, yo no sabía que a través de mis medias color carne se veía mi bombacha, otra palabra bien fea, pero trusa no es mejor. Hasta que una alumna se levantó intempestivamente y salió del aula, como ofendida. A esa alumna, cuyo nombre nunca supe, le quiero decir que sus buenas intenciones no me hicieron ningún favor. Que su empatía de género la haya llevado a ir a Rectoría a contar que la profesora Claudia Pérez Espinoza estaba siendo humillada por los alumnos en una situación psíquica frágil, fue el comienzo de un tejido de malentendidos que se pegaron a mi persona como una goma viscosa, que mientras más intentaba sacarme de encima, más crecía. Vi a Cristina, la bedel, y a Fernando Irustamendy, nada menos, mirándome por la ventana, las facciones de sus rostros contraídas hacia adelante, los ojos fijos, las aletas de la nariz dilatadas como perros pointer que distinguieron la cola de la liebre. Yo los saludé débilmente y seguí exponiendo-me. Los vi salir de mi vista y volver para golpear la puerta. Apenas les abrí, me cubrieron con una cortina pesada y roñosa y me escoltaron hasta la Rectoría. Recién ahí me di cuenta y reaccioné como una persona normal y no voy a ser irónica

con las palabras, porque yo ya no estoy para eso. El otro día me topé con una frase de Rilke que dice: “Busca siempre la esencia de las cosas porque hasta allí no puede descender la ironía”.

Antes no hubiera entendido esta frase, antes para mí la ironía era un rasgo elegante, borgiano, ahora no sé, ahora le desconfío un poco.

“¡Ay, Fernando, pero qué horror! ¡Cómo no me di cuenta! ¡Qué distraída! ¡Mil perdones, nunca me había pasado! ¡Qué disparate! ¡Qué vergüenza! Hace años que no sentía vergüenza.”

Hasta me tenté de risa, pero no me acompañaron. Quizá si esto hubiera quedado acá entre nosotros, ustedes se hubieran reído conmigo, quiero pensar que sí. Pero yo no tuve esa orgánica oportunidad, fui empujada al escarnio de mis pares, entre otras cosas por esa alumna que creyó que me defendía y sin embargo tiro del hilo que rasgó la tela de mi propia imagen.

Mi marido lo tomó bastante bien, digo marido para simplificar, nunca nos casamos, pero somos un matrimonio -qué palabra medieval- de dos décadas, éramos. Y no nos separamos por el episodio este de la bombacha, pero sin embargo fue el detonante. Como les contaba, lo tomó bien, demasiado bien, le hacía muchísima gracia. Se rio cuando se lo conté; se preocupó un poco por mi trabajo, pero cuando le aseguré lo que en ese entonces, me parecía segura, mi continuidad en la docencia, volvió a reírse. Lo acompañé un poco, pero por compromiso. También me reí cuando lo contó en la cena con todos nuestros amigos de siempre, pero a mí no me causaba ninguna gracia, me apiadaba de mí misma por tener que sostener un estado despreocupado, por sentirme obligada a mantener la liviandad del asunto que cada día que pasaba me parecía más oscuro. ¿Por qué me había hecho eso a mí misma? ¿Por qué me había olvidado de vestirme completa? Volví a terapia con la bombacha baja. (*Silencio, se alarma por el fallido*). Con la cabeza gacha. Me había jurado ya no volver a análisis, era como tener que recurrir al ciclo básico. Ya no encontraba novedades en terapia, solo la propuesta de caminos de pensamiento alternativos que desembocaban en un sentimiento de no haber sido bien querida por mis padres, o bien que con su manera de quererme me inocularon sus sistemas simbólicos y sus miedos, a su pesar como todos los padres. Me sirvió análisis, eso sí, para acelerar la decisión de pedir que bajen el video de las redes. Hice la denuncia por contenido ofensivo hacia mi persona, pero el video fue compartido y como saben se sigue encontrando con bastante facilidad; lo que está prohibido son los senos y el trasero pero no dar clase en bragas. Fíjense, la ley es internacional pero las palabras españolas, peninsulares. Mi video no calificaba como ofensivo, y legalmente, si hubiera sido una empresa la que publicó mi video, podía darlo de baja por un tema de cesión de imagen, pero como fue subido por un particular, esa regla no corría. Así que el video volvió a aparecer una y otra vez. Básicamente, puedo afirmar que toda la gente que me conoce y toda la gente del mundo académico de todos los mundos académicos del mundo vio el video. Hubo traducciones al inglés, al francés obviamente, al ruso, al italiano, al portugués, al chino. ¡Oriente, por fin, le dio bola a Derrida porque faltó un metro de tela en una situación X sobre un cuerpo Y!

El primero que lo subió, lo bajó; pero el video quedó allí porque fue compartido, porque es propiedad de todos y de nadie. Marco Demichelis, compañero de ustedes, una luminaria, un joven *millennial*, lo suficientemente lúcido para grabar con la cámara de su celular mis diez minutos de popularidad y lo suficientemente generoso para con sus pares que le pedían ver el video. Yo tuve que pedirle por favor que lo bajara, tuve que dar explicaciones. Y dije la verdad. Y tendría que haber mentido. Tendría que haber dicho que fue adrede, que fue una performance. Si me hubiera hecho “la loca”, hoy, yo no sería la loca; sería la loca.

Yo tengo varios artículos escritos sobre la sociedad disciplinaria y esperaba en algún momento poder publicar una compilación para dejar algo de mi paso por el ámbito del pensamiento, yo me quemé las pestañas y las neuronas con estos putos franceses, que son todos putos, extraordinarios putos posteriores a Sartre a Camus. (*Murmura divertida*). Los putos posteriores. Cómo nos hubiéramos reído con eso, ahora no..., ahora no se puede...

Hace poco releí mis textos y son horribles. Son sufridos, dan pena y no tienen nada que ver conmigo ahora, pero esa esperanza narcisista de mi nombre en una tapa, de mi foto en una solapa, hasta Ferrara tiene una tapa, esa esperanza quedó anulada. En cierto modo fue una liberación. Mi marido se fue, estuvo bien, se necesitaba que alguno tomara la iniciativa. Paz, ante todo, paz. Yo me entregué a la depresión como quien dice “me merezco estas vacaciones” Sin trabajo, sin trámites, sin *facebook*, sin celular, sin red. Un porro durante el día, dos botellas de champán por la noche y unos termos de té de valeriana, que esos sí que eran fuertes, no me dormían enseguida pero al mediodía me despertaba tres horas antes de poder levantarme, el cuerpo quedaba sedado. Eso era lo peor: la valeriana...pero algo para dormir tenía que tomar. Estuve así todo el invierno, no sé, yo siempre tenía frío, iba solamente a la verdulería y a los chinos de mi cuadra que tienen muy buen precio en bebidas.

Tenía que cambiar unos dólares que me había dejado mi padre, que en paz descansen. Y preparé la armadura para salir. Me bañé, me encremé hasta el pelo, me hice mi *brushing* casero. Me maquillé lo justo, pantalón de vestir, camisa, chaqueta, aros, pulseras, cadenita, anillos, cartera grande. Esta.

Muestra su cartera y comienza a sacar cosas de ella.

Un neceser que tiene adentro lo necesario...que es otro neceser con cosméticos: base, rubor, corrector, sombra, iluminador, delineador, rímel, brocha, labiales. Crema desmaquillante, crema humectante post desmaquillante. Un PDF de la naturaleza de la naturaleza, un cuaderno por si me dan ganas de... un libro de Juan L. Ortiz para momentos cortos, una agenda de papel, vacía, que si no la lleno ahora la compré al pedo. Una cartuchera con lapicera, resaltador, un tampón, un siempre libre alas tanga, un *pendrive* con temporadas de ya no sé qué... Ibuprofeno, carilinas. Pastillas de carbón, anteojos para leer, anteojos para el sol, una luz, un Curaplus, que es veneno. La billetera con billetes que son la representación de la representación, bueno, no importa, tarjeta de crédito, de débito la de acumular puntos, la de millaje, DNI, carnet de conducir, la oblea de la VTV por si me rompen el vidrio y la pierdo, el comprobante de que voté por si ellos lo pierden, el carnet de Dosuba, una tarjeta de podólogos de la UBA. ¿Esto? Ah, el pasaporte de la red del trueque solidario, esto vuelve, chicos, ya volvió. Una nuez de Pekan, Sedas Ocb, encendedor, monedas que hacerlas cuestan más que lo que valen, llaves de casa, llaves del auto, tickets basura, una cuatro por cuatro, un ¿brite desigminisatpler?, un Impulse.

¿Por qué llevo todo esto? ¿Por qué todo este acarreo? Sinceramente creo que es normal, racional, pero no hay razón. También agregué a la cartera un pañuelito para el cuello por las dudas y salí. Hoy también hice lo mismo y me puse tacos. Dejé de usarlos el día que me levantaron de la calle. Pero no fue por el mal paso, por el esguince. Siempre fui a trabajar en tacos. Cuando firmé mi primer contrato de alquiler, tacos. Fiestas, cena, trabajo: tacos. Porque para mi generación los zapatos de taco, ¿qué dicen? Dicen: “He aquí una mujer con un desarrollado sentido de la responsabilidad civil, que exalta su feminidad aceptando caminar sobre una base no natural, devenida en un in-a-na-tómico fetiche como signo de sumisión al mercado.” Yo la contrato. Además; ¡qué placer es sacárselos! Tantas veces el placer funciona por contraste. ¡Chicos esto es muy católico! Cuando era nena, mi imagen de mujer

canchera era la de llegar al hogar y sacarse los tacos, suspirar, y fumar con los labios y las uñas pintados de rojo, éramos la imagen en rosado del soldado despojándose de su armadura. Anillos, pulseras, aros, tacos.

Estaba cruzando la Avenida Córdoba a la altura de Uriburu, cuando un reflejo del sol me cegó, creo que fue el sol, quizá fue otro tipo de luz intensa. Pero recuerdo que fue justo en ese momento cuando mi tobillo cedió y caí al piso. Sentí que se me aflojaban todos los músculos de mi cuerpo. Y algo más. Algo más se aflojó en mí. Algo que no tiene palabra. Sentí el calor del asfalto en mi mejilla y en las palmas de las manos. Y pude percibir cómo la rugosidad y el olor se desaparecían hacia arriba; y yo me hundía hacia un espacio enorme y vasto. Era Alicia pasando por el espejo. Así estaba, como a punto de entenderlo todo, cuando varios brazos y manos me levantaron a mi pesar, me sacaron de la tierra. “Paren el tráfico”, “se desmayó”. “Señora, ¿se siente bien?”. “Llaman al SAME”. Me sentí obligada a abrir los ojos, me estaban llevando hacia la plaza. Decidí caminar y pude caminar, una pareja me tenía entre sus brazos, sus caras eran de alarma pero frías, así que les hice un gesto de “puedo sola, sigo sola, gracias”, caminé dos pasos y volví a mirar el asfalto, le sonreí al asfalto y me dejé caer otra vez, volví a estar del otro lado. (*Se emociona*). Ya me hundía de vuelta. Y estaba a gusto. Tan a gusto. Lo que pasó después también lo pueden encontrar en la red, siempre hay gente atenta, no es muy interesante, el encuadre es malo, la luz horrible, lo más interesante de este súbito corte de calle es que lo hizo la del video viral.

Ser rebelde, no implica ser libre. El rebelde está en diálogo con la orden. Desobedece, ergo: está atascado en el sistema. ¿O acaso nosotros no luchamos solo las luchas que el sistema admite que luchemos? ¿Pero si renunciamos a todo y queremos armar la nuestra, una forma nueva de vivir entre nos? ¡Ah ahí nos quiero ver! Mi fase depresiva empezó cuando por fin encarné esa desesperanza en la rebeldía. Todos esos tontos hurtos, esas notas arbitrarias, me dan vergüenza porque son cobardes, muestran cobardía e inutilidad. Pero yo no quería hacer algo extremo, yo no quería hacerme la loca, lamentablemente no estoy loca. No estoy loca. ¿Les tengo que pedir que me crean? Miren en qué situación estoy. Créanme, es la verdad, no estoy loca. Pero ya no puedo probarlo.

Al mismo tiempo que apareció este video mío en la calle, salió uno más viejo que me muestra robando unos artículos de limpieza, unos bidones de lavandina del cuarto de mantenimiento de esta sede. ¿Sabían ustedes que hay una cámara de seguridad ahí? En el cuarto de limpieza. Claro que no hay ninguna cámara en el de objetos perdidos que es un servicio que brinda la agrupación, la..., no me acuerdo. Porque yo, así como tomé esos bidones, los llevé derecho hasta el chico de las remeras, es muy joven para ser tan barbudo. Parece un disfraz esa barba. Alguien debería decirle... Bueno, el pibe declaró que yo los devolví. Declaró también que yo devolvía cosas casi todos los martes y viernes del cuatrimestre anterior...

Junto a esta forzosa renovación de mi licencia apareció mi hermano, mi ex, menos mal que no tuve hijos para matarlos de vergüenza. ¿Sabían qué yo siempre pensé que si hubiera tenido hijos hubieran sido unos chotos? “¡Mamá, sos patética!” me hubieran dicho. Pero no tuve. Así que apareció mi madre, muy angustiada para contarme su drama, un problema enorme, que le pasaba a ella. “Tengo a mi hija loca.” ¡Me da una bronca su egoísmo inconsciente! Una bronca... Así que ahí me activé, me puse en órbita. Tomé la medicación, no me quedaba otra. Me amenazaron. Parece que yo podía ser un peligro para mí misma o para terceros. ¿Por qué? ¿Por trasladar unos bidones de lavandina? ¿Por caerme dos veces en la calle? ¿Por olvidarme la falda? ¿Sabían lo que pasa si lo declaran a uno insano? Se pone en funcionamiento una maquinaria de impedimentos casi eterna. Sé que ninguno de ellos, ni mi hermano, ni mi ex pareja, ni mi madre, pensaron en la posibilidad de hacerme eso realmente; se

asustaron nomás. Son muy autocentrados y eran como suricatas mirando rápido a los costados para que no se note que en realidad estaban chequeando que el camino de vuelta a sus vidas ya pautadas estuviera siempre despejado. “¡No puedo tener un hija loca, no me da el ánimo!” ¡Qué bronca! Así que también hice cosas para recuperar mi imagen, dos o tres veces por semana me arreglaba, iba a desayunar a un lugar bien con un libro piola, me sacaba fotos y las publicaba. Y ponía cosas como: “¿Qué más se puede pedir?” Me compré ropa deportiva, iba al parque tres veces por semana y ponía. “¡Qué hermoso día para entrenar!”, y compartía y compartía... Cuando tuve una cantidad de “me gusta” estable y varios comentarios amables, que eran como mi alimento en esa época de esfuerzo, de abstinencia; decidí tener una interacción real, decidí ir a la fiesta de inauguración de la casa de Soledad y Pablo. Amigos muy queridos, durante décadas. No debería haber ido. Me abrió la anfitriona, estaba contentísima, muy locuaz, subimos tres pisos por un ascensor antiguo, me dice: “Es un semipiso de techos altos, el mío es el último, estamos más o menos a la altura de séptimo y tiene una terraza hermosa”, me abrió la puerta de su piso, sonó el timbre de vuelta y no la volví a ver... nunca... más.

Je, dije piso, claro, es tanto mejor palabra que “depto.” o departamento. La palabra departamento evoca la división, la sociedad de las cajas. En cambio piso es concreto y metafórico a la vez. “Hola, este es mi piso”. Hogar es solo abstracción; te protege, te cobija, es la cuevita pero también un pesado ideal en mi caso, tiene una estética medio cincuentosa con una familia tipo que nunca voy a tener.

La entrada al piso me costó, me costó mucho la primera hora. Había varios amigos, colegas, me saludaron muy bien, yo me sentía segura, un poco tensa, estaba alerta, acepté una copa y me quedé con Gloria que siempre fuimos muy cómplices. (*Se ensombrece. Pausa*).

Recuerdo que me apoyé en una pared y pensé mientras miraba a mis pares: “Qué banal todo, qué banales que somos todos”. En una de esas veo que entra Fernando Irustamendy, sí..., el vicedecano. Me acordé de un profesor de historia genial que tuve que decía: “Hay gente que no es inteligente pero lo parece porque tiene su ignorancia muy bien organizada”. Yo me hice la tonta y encaré para la escalera, aparentando querer conocer el resto de la casa nueva. ¡Ay, a ver la terraza! Subí un tramo y había una puerta que no abrí, quizá si la hubiera abierto...hubiera visto el... me hubiera dado cuenta de... ¡Ay! Ya está, no lo hice. La terraza era extensa, ocupaba casi todo el techo de la casa. Al fondo había una barandilla, le habían colgado lucecitas de colores. El viento las movía un poco pero la noche era cálida. Y ahí estaba, con una botella de vino en la mano, Leopoldo. Había vuelto a la Argentina. Fuimos compañeros de estudios y amigos; y luego él se fue a Roma por una pasantía, se fue quedando y ahora había vuelto. Me abrazó con esos brazos enormes que tiene como si hubiera estado esperándome. ¿Vieron que hay gente con la cual sienten una conexión tan profunda que se manifiesta en alegría de verse? En pocas frases nos hicimos un mapa de “en qué anda el otro”, el tema del video viral salió como de costado hablando de mi divorcio, él me dijo: “Debe haber sido duro eso”. Y yo sabía que él sabía que yo sabía que se refería al video. Y me gustó que entre tanto chiste tuviera una actitud compasiva conmigo. Él entendía. Y había vuelto más atractivo, recordé que Leopoldo era tres años menor que yo y sentí que ahora se notaba más. Traté de no pensar en eso, porque hace tanto que no la pasaba bien. Me había olvidado qué hermoso es estar alegre, inspirada. Brindamos: por saber que no sabemos nada, por los obsoletos, nos declaramos obsoletos y para no ser tan anormales, hicimos un último brindis por el amor, el dinero y la salud. La terraza empezó a llenarse de gente, cuanta gente desconocida, mejor. Quería que Leo siguiera mirándome, iluminándome con su mirada. Mi alma bebía esa mirada y pensé, ya está, salgo de esta, de esta vuelvo, yo vuelvo. Leopoldo quiso servirnos más vino y la botella estaba vacía. Y fue ahí que apoyó sus manos en

mi cara y muy significativamente me dijo: “Este momento es perfecto. Claudia, voy a irme por un camino extraño, nos parecerá una eternidad, si te animás, podés saltar conmigo, sino quedate acá, el tiempo no existe”.

Y con un movimiento fugaz pasó sus piernas al otro lado de la baranda y saltó al vacío. (*Pausa*). Yo supuse que era al vacío. Lo que pasó es que yo grité. Grité fuerte, no grité largo, parece que grité largo y todos me miraron, “¡Se tiró!”. Prendieron un cuarzo, como un reflector que me cegó. Los primeros que llegaron a asomarse por la baranda, yo no me animé en un principio, pudieron ver a Leopoldo mirando desorientado hacia arriba. Solamente dos metros separaban la terraza del balcón que daba a la habitación principal. “Ahí está, no pasó nada”. Me asomé. ¡Qué falta de código, Claudia! Me sentí mareada y trastabillé. Dejaron prendido el cuarzo mientras me ayudaban a atravesar esas miradas llenas de pena falsa, me sentía en una serie yanqui, me sentí *Carrie* bañada en sangre de chanco en el escenario de la preparatoria. Es una referencia muy vieja para ustedes, ¿no? Bajé las escaleras, siempre escoltada, el ascensor, el palier, íbamos a la calle a tomar aire.

Se escuchó una sirena. “¡Por fin llegó!”, me dice Gloria y me sonrío. Las luces de la ambulancia me hicieron notar que estaba un poco borracha. Bajé la cabeza. Se acercaron dos guardapolvos verde claro. Eran dos, ambos dos, ambos *ambos* verde claro. Preguntaban cosas, yo no contesté. Gloria subió conmigo y una vez en viaje pude hablar.

—Gloria, ¿vos entendés que yo pensé que se había tirado?

—Tranquila, ahora no pienses, después ya habrá tiempo para pensar por qué pensaste eso.

—¿Cómo por qué? Porque me dijo que se iría por un camino extraño, que nos parecería eterno, que si me animaba lo siguiera, me dijo “el tiempo no existe”.

—Ay, Leopoldo es un histérico.

—Saltó del otro lado y yo no había visto el otro lado y creía que el otro lado era un vacío, que el otro lado no era el otro lado.

—Claudia, ¿vos sos consciente de que vos no podés tener contacto con esas emociones?

Pausa.

Sentí que me moría para ella y entonces yo también me moría un poco.

Gracias. Gracias porque aunque lo episódico empezó acá, yo siento que acá yo soy... (*Piensa un adjetivo y renuncia a ello*). Que acá yo soy.

Yo los quiero, no sé bien quiénes son pero siempre los quise. Este grupo es el fantasma de todos los otros grupos que pasaron ante mí. Las preguntas, los pensamientos, las actitudes, las posturas, son un corte en el tiempo lineal, son en mi recuerdo una situación buena, querida.

Hice muchas cosas para estar hoy acá. Es muy probable que sea mi última vez. Es triste, pero yo creo que hay algo que va a venir y creo que va a estar bien, y le tengo ganas y sobre todo porque no sé qué será.

Yo nunca me lo confesé, pero yo estudié todo esto porque pensaba que el asunto era encontrar la hendija, *los intersticios* como dice Foucault, él dice que no existen,

es inflexiblemente obsesivo en demostrar que no existen y yo creía que los iba a encontrar, que tenían que estar, que la humanidad podía..., que el hombre... Ahora no quiero viajar por los márgenes de la estructura porque creo que tengo o que puedo conseguir un líquido disolvente. ¡Y ahí no me van joder!

Claudia se da cuenta del exabrupto, se asusta, piensa, se compone, comienza a hablar, mientras se saca los zapatos.

El hombre es ese ser por el cual la nada viene al ser. El ser es el ser en sí, todo aquello que es ya es, para siempre, definitivamente algo, pero el hombre es ese ser que al elegir se elige, uno es lo que elige (*rompe el vidrio de la puerta del aula*) o sea, que *El para sí* del para sí, tiene un pasado (*arranca el cartel de salida*), todos los hechos que he cometido, todas las elecciones que he tomado, el pasado es algo que es en sí y el pasado justamente es el sí del para sí. (*Arranca los caños de luz*). Porque en el presente *El para sí*, es nada (*saca papeles de un cajón del escritorio*) porque la conciencia existe si está eyectada hacia el futuro (*descuelga un costado del pizarrón, este se bambolea y ella intenta escribir sobre él*) no somos nuestro pasado, no lo somos. Este presente en donde yo soy una nada, me está diciendo que yo no soy ese pasado, (*arranca una madera del escritorio, se encarama sobre el mismo*). *El para sí* es aquel ser que no es lo que es, es lo que todavía no es. (*Pega con la madera a los tubos de luz, que oscilan sobre ella*). Apotema sartriano, la conciencia no es su pasado. *El para sí* es estado de arrojo proyectado hacia el futuro y en ese futuro como todavía no es, *El para sí* es lo que no es.

Eleva el listón de madera como espada alzada y los papeles en escudo emulando un Quijote presto a la batalla

Apagón.

Buenos Aires, 2017.